

tiempo se había introducido en los escritos de algunos literatos españoles el uso de la palabra *genio* en la significación que los antiguos habían dado á la palabra *ingenio*. Agréguese á esto, que de cincuenta años á esta parte, lejos de haberse disminuido este uso, ha ido en tan prodigioso aumento, que ya nadie reclama, y nos convenceremos de que la existencia de esta palabra en nuestro idioma con el mismo significado que la dan los franceses, es un hecho incontestable. Hai en las trasmigraciones de las palabras ó de su significado una fuerza desconocida y misteriosa que arrasa con todos los diques y triunfa de todos los obstáculos.

De cuanto acabamos, de observar, se colige que no hai inconveniente alguno, á lo ménos en el estado actual de la lengua, para recibir en el idioma sicológico la palabra *genio*, bajo su doble acepcion intelectual y moral. Aplicándola pues al *entendimiento*, diremos, que *genio* es aquella facultad simple ó complexa que el hombre tiene de producir originalmente, en cualquiera de los géneros que abrazan las ciencias, la literatura y las artes. Esta facultad supone una gran fuerza de concepcion y combinacion, y aunque no pueda adquirirse por el estudio, puede y debe perfeccionarse por el arte; porque es susceptible de extravíos y degeneraciones.

A veces el *entendimiento*, ya por no hallarse tan singularmente favorecido, ya por falta de ocasion, circunstancias ó teatro, suele no llegar hasta el mérito de una invencion completa; pero sin embargo, combina de tal suerte lo ya conocido, sabe revestir de formas tan bellas los objetos mas comunes y aun triviales, derrama tanto interes sobre los asuntos que toca, y se muestra tan fecundo en los pormenores al propagar las ideas, que sus obras tienen siempre una sorprendente originalidad. En este caso parece desarrollarse la misma facultad aunque en grado menor, y vendria mas al caso la palabra *ingenio* para representarle. No se ha fijado aun la crítica en este uso particular, pero tampoco seria difícil probar con hechos, que la palabra *ingenio* va quedando para significar este grado inferior del *genio*, á medida que el *genio* adquiere mayor generalidad en la significacion que acabamos de darle. Hai algo de significativo en la forma gramatical de una voz; y la preposicion *in* que junta con la palabra *genio* forma la voz *ingenio*, parece darla cierta leve declinacion hácia un punto que podrá ser de la escala que marca los grados por la fuerza de la concepcion, ó bien podrá referirse á los pormenores, á la combinacion artificiosa de los pensamientos, á un objeto determinado. Podria decirse que la palabra *genio* designa la facultad en su

mayor grado, las dotes del espíritu en su mas absoluta universalidad de aplicacion, y la palabra *ingenio* designa el *genio* en cierto grado, relativamente á cierto objeto, ó con restriccion al orden subalterno de los pensamientos parciales. Reservando para cuando toquemos estos puntos, considerados bajo el aspecto de las relaciones que tienen los pensamientos con las causas productoras, ó bien bajo el de la crítica literaria, dar mayor amplitud á nuestras observaciones, pues que aquí solo consideramos las referidas facultades como simples hechos, pasemos á otra cosa.

### CAPÍTULO DUODECIMO.

DE LA RAZON CONSIDERADA COMO UNA FACULTAD.—DEL RACIOCINIO CONSIDERADO EN SU MAYOR AMPLITUD Y COMO EL AGENTE CONTINUO DE LA RAZON.—RECAPITULACION DEL ENTENDIMIENTO.—TRANSICION A LA VOLUNTAD.

Todas las observaciones que dejamos hechas en los cinco capítulos precedentes, tienden á probar que la inteligencia, facultad general, ó complejo de facultades, se desenvuelve de tantas maneras cuantos son los medios sicológicos de que el entendimiento se sirve para llegar á su objeto. Reasumiendo estos medios podemos reducirlos á tres, que son, el *sentimiento*, la *intuicion* y el *raciocinio*. Todo resultado meramente intelectual, puede reputarse por conocimiento, puesto que, segun hemos advertido, el entendimiento tiende por su naturaleza constantemente al conocimiento de la verdad. Ahora bien, hai en el hombre la idea de la personalidad y la idea de la no personalidad, ó sea de los otros objetos existentes y diversos de ella misma. Entendemos por personalidad eso que los filósofos llaman el *yo*. ¿De qué manera viene el hombre en conocimiento de su personalidad? por el testimonio de su conciencia, por la percepcion constante que tiene de sí mismo y de sus afecciones mas íntimas. Esta clase de conocimiento no presupone el juicio, porque basta el sentimiento mismo para que aparezca. En esto se fundaba Descartes para deducir de la presencia interior de su pensamiento el hecho de su existencia. El filósofo hacia un raciocinio, señalándole como punto de partida para ilustrar todas las dudas en que se colocaba metódicamente para inquirir la verdad; mas olvidaba que el raciocinio seguia, en lugar de preceder, al conocimiento de la

personalidad. *Pienso, luego existo*, decía; mas olvidaba que el pensamiento, modificación del ser, no puede figurar sino en segundo término en la escala de los conocimientos; que él se lanzaba á la síntesis al fijar su primer principio, lo que no podía ser sin tener ántes como elemento indispensable de la síntesis, y verdaderamente *a priori*, la idea fundamental que la hace figurar como el consiguiente de un raciocinio. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que con anterioridad á cualquiera juicio el sentido íntimo nos revela nuestra propia personalidad: he aquí porqué colocamos al sentimiento con absoluta separación en el número de los medios elementales de que se sirve para llegar al conocimiento de la verdad.

En segundo lugar, hemos visto que hai objetos externos ó internos que hieren tan viva y claramente nuestra inteligencia, que sin necesidad de juicios intermediarios, nos dan la primera idea de la inteligencia. Para no repetir, nos referimos á la *intuición*, señalándola por el motivo dicho, como uno de los medios que tenemos de conocer.

La *intuición*, como tambien indicámos, teniendo cierta especie de universalidad así en el objeto como en la acción, puede suministrarnos conocimientos relativos á la personalidad y á la no personalidad. Pero, ¿cómo llegaríamos á distinguir ésta de aquella, si no contásemos con una facultad discretiva que, dejando en su lugar las revelaciones de la conciencia y las manifestaciones de la *intuición*, nos bastase para discernir nuestro YO de todo lo que no es él en el sistema de las diversas percepciones? He aquí porqué el hombre, elevado mui mucho sobre todos los objetos de la naturaleza, no está reducido ni al sentimiento de su personalidad, ni al movimiento de los instintos, ni al escaso recurso de las *intuiciones*; sino que, llamado por su naturaleza y facultades á dominarlo todo por la *inteligencia*, cuenta con un secreto poder que le arrastra de continuo hácia las regiones desconocidas, y fija su dominio sobre los objetos que le son familiares. Esta noble y alta facultad, filosóficamente hablando, es la *razón*. La *razón*, pues, no es el sentido interno que nos da la idea de la personalidad; no es la *intuición* que sin el concurso del *juicio*, nos manifiesta ciertos objetos; no es tampoco, el instinto que nos conduce como sin luz á lo que exige nuestra propia conservación: es la libertad y el poder en la inteligencia, el juicio en acción continua, el gran medio de extender el número de los conocimientos de los objetos ya internos ya externos, y de relacionarlos, y al mismo tiempo distinguirlos de nuestra personalidad.

Hablando en rigor, la *razón* es la facultad de percibir clara y distintamente las relaciones que fundan los hechos, y de combinar los hechos y las relaciones mismas en un sentido dado.

De lo que acaba de decirse, aparece que la *razón* no se mueve sino juzgando; ¿y qué es el movimiento del *juicio*? ya lo dijimos: considerado en la línea que describe, se llama *discurso*, considerado en sí, como *juicio* aplicado á los conocimientos, se llama *raciocinio*. El *raciocinio* es pues el instrumento, y el *discurso* es el camino de la razón.

Limitémonos á esto por ahora, pues basta lo dicho á nuestro propósito: cuando estudiemos el *pensamiento* en el vario sistema de las relaciones, esto es, en la segunda parte de este curso, volverémos á tratar de la *razón*, y entónces ampliaremos el análisis de esta facultad.

Hemos visto en todo el libro primero cómo el sistema sensible, poniéndonos en relacion con todo lo que nos rodea y con nuestra organizacion misma, inicia é impulsa el desarrollo constante de nuestras facultades mentales; cómo entre estas hai dos sistemas, el *entendimiento* y la *voluntad*, y cómo el *entendimiento*, por medio de la *percepción*, de la *atención* y del *juicio*, se ejercita sobre todos los objetos de nuestros conocimientos, traza un camino al *discurso*, *raciocina*, forma la *razón* y nos da con ella el primer atributo característico de nuestra especie, para no ser confundidos con el género animal.

La *atención* forma la *idea*; la *idea* se radica, se conserva, se reproduce, se reconoce, se modifica y recibe mui diferentes formas, dando nacimiento á la *memoria*, á la *reminiscencia* y á la *imaginación*. La *imaginación*, desprendiéndose de sus simples elementos que la hacen nacer, se eleva al rango de una facultad de primer orden, mientras la *atención*, inscrita ya en el número de los hábitos, forma la *conciencia activa*, la *observación*, la *meditación*, interesa el espíritu en el *recogimiento* ó le arroba con la presencia de objetos que inspiran el mas vivo interés. La *atención* en este rango y con este poder de desarrollo, traspasa con mucho sus primeros límites, viniendo á ser la *reflexión* en el grado supremo.

La *reflexión* dominando las ideas con la prodigiosa facilidad que la da su ejercicio, ora se fija con la *observación* en los objetos exteriores, ó bien quiera recogerse con la *meditación* en los fenómenos mas íntimos del alma, se ocupa con frecuencia en aproximar las ideas, para fijar sus analogías, hallar sus puntos de identidad y semejanza, des-

cubrir sus diferencias, pronunciar sobre su incompatibilidad y echar los linderos, digámoslo así, que separan la homogeneidad y heterogeneidad en los varios sistemas de nuestras ideas. Todos estos procedimientos emanan de una percepción nueva que la *comparacion* facilita, y se reducen á la manifestacion interna de que las dos ideas comparadas convienen ó no convienen entre sí. He aquí el *juicio*.

Mientras éste no pasa de dos ideas, conserva el simple nombre de *juicio*; mas cuando aumenta la serie, estableciendo una especie de progresion de comparaciones, percepciones y juicios enlazados ó deducidos, es ya el *juicio* en segundo término, es el *discurso* considerado en su movimiento, es el *raciocinio* considerado en su accion.

Mas, ¿cuál es el objeto directo del *raciocinio*? llegar á conocer la verdad en el órden físico, en el órden metafísico y en el órden moral. El conjunto de las facultades que se dirigen á conocer se llama *entendimiento*, y el objeto del *entendimiento* es por lo mismo la *verdad*.

Tres son los caminos ordinarios por donde llegamos á conocer la verdad: la *notoriedad*, la *autoridad* y el *raciocinio*; de lo primero nacen la *intuicion* y la *evidencia*; de lo segundo, la *creencia* y la *fe*; de lo tercero, la *demonstracion* y el *convencimiento*; y en cualquiera de las tres cosas cabe la *persuasion*.

Mas el *entendimiento* degenera tambien, y esta degeneracion, cuando nace de la inaccion de las facultades, produce la *ignorancia*; cuando viene de su extravío, trae consigo el *error*; cuando resiste á la autoridad legitima, produce la *incredulidad*; cuando destituida de todo criterio, cede á cualquiera órgano, es la *credulidad*; y por último, cuando se rebela contra la *demonstracion*, y rehusa su *convencimiento* aun á las verdades mas incontestables, se llama *escepticismo*.

A veces el *entendimiento* se halla colocado en una situacion intermedia respecta de su objeto, y esta situacion, cuando resulta del equilibrio de las razones que le colocan á igual distancia entre el *sí* y el *no* definitivo, se llama *duda*; cuando se acerca mas á un extremo que á otro, esta proximidad se llama *opinion*, y la razon en que se funda para aproximarse á tal ó cual extremo, constituye la *probabilidad*.

Hai pues en la *inteligencia* diferentes grados, que se consideran ya en el sistema de las facultades intelectuales, ya en el influjo de la educacion sobre el carácter de su desarrollo, ya en las diferencias que median entre los diversos objetos de su ejercicio, ya por último, en las consecuencias de los hábitos

bien ó mal formados. Nacen de aquí esas diferentes formas que toma el *entendimiento* y esas ideas que corresponden á las palabras introducidas por el uso en el sistema de nuestras facultades intelectuales. Era necesario definir con exactitud estos términos, y por esto dirigimos una rápida ojeada sobre la significacion psicológica de las palabras *inteligencia*, *sentido comun*, *comprension*, *circunspeccion*, *profundidad*, *superficialidad*, *penetracion*, *sagacidad*, *perspicacia*, *discernimiento*, *sindéresis*, *concepcion*, *aptitud*, *habilidad*, *destreza*, *juicio*, *buen sentido*, *talento*, *ingenio* y *genio*.

Definidas estas palabras, fijas sus relaciones con el sistema de nuestras facultades intelectuales, fué tiempo ya de considerar la *razon* como una facultad, distinguiéndola no solo del *instinto*, sino tambien de la *intuicion* y de la *conciencia*. Así lo verificamos, reduciendo la *razon* á la facultad de percibir clara y distintamente las relaciones que fundan los hechos, y de combinar estos y aquellas en un sentido dado, considerándola como el movimiento del juicio, para inferir de aquí, que la *razon* en la línea que describe con el juicio, se llama *discurso*, y en su aplicacion directa á los objetos que se propone, se llama *raciocinio*, y concluyendo generalmente de todo, que el *raciocinio* es el instrumento, y el *discurso* es el camino de la *razon*.

Tal es el sistema de facultades que encierra el *entendimiento*, y que desarrolla mas ó ménos en el sentido de su objeto, que es el conocimiento de la verdad.

Mas la verdad tiene un sentido práctico, como el convencimiento y la fe una trascendencia moral. Si el entendimiento muestra la verdad, es porque la verdad, trasformada en virtud y en bien, debe ocupar á todo el hombre. De aquí resulta que, habiendo analizado las facultades del *entendimiento*, debemos proceder al estudio de las facultades morales, cuyo sistema se reconcentra en la *voluntad*: tal es el objeto del siguiente libro.